El Muerto

Articulo publicado: 2010-06-02 17:09:02 |

Un hombre se muere. Solo, tristemente, solo. Se muere porque sus bronquios se han cerrado como suelen hacerlo desde hace años, solo que esta vez el medicamente ya no tiene nada que arrojarle a sus pulmones. Se muere solo, sin poder aspirar la sustancia que permita que su cerebro y corazón sigan latiendo vitalmente. Y nosotros, lentamente, nos morimos con él.

Ernesto Nieto

El hombre se muere, solo, lenta y agónicamente. Se muere después de golpear puertas y ventanas. Se muere con la agonía de la falta de aire, por la falta de oxígeno en su sangre.

Pero es mentira, en realidad no se muere por falta de medicamento, no se muere de asma. Se muere, en verdad, por falta de ayuda. Se muere porque nadie lo vio, nadie lo escuchó, nadie tuvo un solo segundo de duda y acudió en su auxilio. Se murió porque no lo quisieron ver, porque no lo quisimos ver.

Su muerte pasa desapercibida para la mayoría de los medios, un pequeño tigre requiere más atención en los grandes titulares que aquel hombre que se muere solo, y que ya no tiene cómo respirar. Sin embargo los más, los que no lo miramos, los que no lo ayudamos, somos parte de esta historia. Hay que sufrir lo que es el asma para imaginarse la inmensa capa de desesperación que ocupó sus últimos instantes.

Es que tenemos miedo, miedo de abrir nuestra puerta, miedo de asomarnos por la ventana. Miedo de que sea una trampa para robarnos, para golpearnos. Tenemos miedo en la noche, miedo en el día. No se murió de asma, se murió de miedo, de nuestro miedo.

Una parte de cada uno de nosotros estaba detrás de las puertas y las ventanas que no se abrieron, detrás de los oídos que no escucharon, detrás de las manos que no discaron a tiempo un número de teléfono. Una parte de nosotros estaba en ese miedo, miedo que paraliza.

Pero lo que es más terrible aún, una parte de todos nosotros estaba en esos oídos que ni siquiera tuvieron miedo, sino que simplemente ignoraron el pedido de auxilio. Una parte de cada uno de nosotros estaba lejos del miedo, y cerca de la indiferencia. No se murió de asma, ni por la falta de medicamente. Se murió de indiferencia.

Y se murió como podría haber vivido, y tal parece que lo dejamos a la

suerte. Y no nos importó demasiado, y preferimos no escuchar, y encontramos en el miedo ciudadano una excusa interesante para fundamentar la ausencia de acción. Pero igual se murió, solo, lenta y tristemente.

Entre las excusas del miedo, y de la falta de seguridad, y de la inoperancia de la policía, y de la desconfianza en la justicia, entre todas las excusas el muerto pasa, lentamente, carga con nuestros miedos, y sobre todo, con nuestra profunda indiferencia.

Sucedió en un lugar determinado, de un barrio específico y en una manzana en concreto, pero podría haber sido en casi cualquier lugar de la ciudad, seguramente el muerto hubiera tenido el mismo final. Se nos murió a todos, y todos fuimos sordos en el momento de tomar una simple decisión, ayudarlo o dudar. Y elegimos dudar.

Esta vez no podemos acusar a la clase política o a los partidos; la culpa no es de la policía, ni de los bomberos ni de la ambulancia. Nadie en el Estado es responsable, este es nuestro muerto, el muerto más civil que podamos imaginar. En una sociedad que se moviliza llevando carteles por la inseguridad, o clamando para que se conduzca con responsabilidad, o pidiendo un centro de atención médica especializada, en esa sociedad el muerto camina silenciosamente delante de nuestros reclamos. Llevando un cartel casi negro y casi gris, en letras rojas está escrita una sola palabra…Piedad.

Y en esa sola palabra sintetiza lo que toda la moral de occidente ha acumulado de bueno, de bello, de cristiano y de humanista. Y sin embargo la palabra se quedó muda, y no pudo nacer. Nadie le tuvo piedad, nadie lo contuvo, nadie lo ayudó, nadie tuvo misericordia. Y el muerto se fue, y muerto está, y de alguna manera, una parte de nosotros, se fue con él.